

Against human-centred lighting design: cities, diversity and inequality

Contra la iluminación centrada en las personas: ciudades, diversidad y desigualdad



Images of the researches conducted by Configuring Light in Trivandrum, Kochi and Barking •
Imágenes de las investigaciones realizadas por Configuring Light en Trivandrum, Kochi y Barking

Let's start from a paradox: as a sociologist, I am in principle opposed to 'human-centred lighting'. Even worse, I am opposed because I believe that the very idea of 'humans' or of 'people' is profoundly unhelpful in any design work that hopes to deal with cities as places of extraordinary diversity and inequality.

To be clear, I obviously understand why many good people whom I respect have embraced human-centred lighting. The term emerged in recent years to relate lighting to people rather than cars; to engage lighting as a quality of life issue for urbanized humans rather than an engineering specification or economic cost calculation; and to treat urban space as atmospheric places people live in rather than as administrative units to be bureaucratically managed. Moreover, human-centred lighting aligns this work with participatory design, consultation and other powerful moves towards democratized design processes that give humans a voice in producing the urban worlds in which they live. And it rhetorically positions 'people' as having the final say in lighting: if lighting is not in tune with their needs, desires, health or happiness, it has failed, whatever other criteria it meets. All of this relates to the ambitions expressed by Henri Lefebvre (2000)* as the 'right to the city': not merely the right of all citizens to access and use the city, but their right to participate in creating their city, rather than merely to inhabit an urban space already designed for them by commerce and the state.

UNEQUAL RESOURCES AND OPPORTUNITIES

Sounds great. The problem is that the very idea of 'humans' works to obscure everything we actually need to understand in order to achieve these ambitions. Words like 'humans' or 'people' start from the ways in which we are all alike,

Comencemos con una paradoja: como sociólogo, en principio me opongo a la "iluminación centrada en las personas". Peor aún, me opongo a ello porque creo que la idea misma de "seres humanos" o "personas" es absolutamente inútil en cualquier proceso de diseño que pretenda gestionar las ciudades como lugares de una diversidad y desigualdad extraordinarias.

Para que quede claro, es evidente que entiendo la razón por la que muchas buenas personas a las que respeto profundamente han acogido con agrado la iluminación centrada en los humanos. Ese término ha surgido en años recientes para relacionar la iluminación con las personas más que con los vehículos; para abordar la iluminación como una cuestión de calidad de vida para los seres humanos urbanizados más que como una especificación de ingeniería o un cálculo de costo económico; para considerar el espacio urbano como lugares atractivos donde vive la gente, más que como unidades administrativas que se gestionan burocráticamente. Además, la iluminación centrada en las personas conjuga esta tarea con el diseño participativo, la consulta y otros poderosos avances hacia unos procesos de diseño democratizados que dan la palabra a las personas a la hora de crear los entornos urbanos en los que viven. Y posiciona retóricamente a las "personas" como si tuvieran la última palabra en la iluminación: si esta no concuerda con sus necesidades, deseos, salud o felicidad, ha fracasado, a pesar de que haya satisfecho otros criterios. Todo esto se relaciona con las aspiraciones expresadas por Henri Lefebvre (2000)* como el "derecho a la ciudad": no simplemente el derecho de todos los ciudadanos a acceder a la ciudad y a hacer uso de ella, sino también su derecho a participar en la creación de su ciudad, y no tan solo a residir en un espacio urbano ya diseñado para ellos por el comercio y el Estado.

from our 'common humanity'. It feels cuddly, but I've yet to meet a designer or planner who is actually dealing with 'humans' in any meaningful sense. They are dealing with streets filled with men or women, diverse ethnicities, old people and teenagers who would rather be in different cities entirely, dog walkers and cyclists and joggers, middle class theatre goers and working class night workers, and on and on. These 'humans' are not just different – they have unequal resources and opportunities (which urban design can work with or work against), they often don't like each other, and either enter into conflict or spend their lives ignoring each other even as they walk shoulder to shoulder. If you are lighting a city street what, in practice, can you possibly mean by 'humans' in general? Without building up a sociological understanding of which particular people are there, what they are trying to do, under what social constraints, and in interaction (conflict, cooperation, ignorance) with whom else – how will you understand the different impacts your lighting will have on these different and unequal 'humans'?

SOCIAL, POLITICAL AND CULTURAL DIFFERENCES

Let me give an example: one widespread form of 'human-centred lighting' defines these universal 'humans' essentially as bodies or biology. This approach defines rather a lot of marketing strategies as well as public health policy, dark-sky arguments and so on: the claim is that exposure to light over longer periods and shorter wavelengths, extending the day and reducing darkness, has direct and causal impacts on human health and neurological wellbeing. It impacts largely by disrupting circadian 'entrainment' – the interaction or harmonization of

RECURSOS Y OPORTUNIDADES DESIGUALES

Suena genial. El problema es que la idea misma de "seres humanos" enturbia todo lo que realmente necesitamos comprender para hacer realidad esas aspiraciones. Palabras como "seres humanos" o "personas" parten del principio de que todos somos iguales, de nuestra "condición humana común". Parece sencillo, pero aún tengo que encontrar a un diseñador o planificador que se ocupe realmente de las "personas" en el pleno sentido de la palabra. Se encargan de planear calles llenas de hombres o mujeres, de múltiples orígenes étnicos, de personas mayores y jóvenes que preferirían vivir en ciudades completamente diferentes, de paseantes de perros y ciclistas y corredores, de espectadores de teatro de clase media y empleados nocturnos de clase trabajadora, etcétera. Esas "personas" no son solamente diferentes: tienen recursos y oportunidades desiguales (el diseño urbano puede favorecerlas o perjudicarlas), con frecuencia no se caen bien entre sí, y entran en conflicto con sus vecinos o simplemente pasan sus vidas ignorándose entre ellos aun cuando caminan uno al lado del otro. Si están iluminando la calle de una ciudad, ¿en la práctica qué entienden por "personas" en general? Sin adquirir un conocimiento sociológico de qué personas particulares residen allí, ¿qué están tratando de hacer, bajo qué limitaciones sociales, y en interacción (conflicto, cooperación, desconocimiento), ¿O con quién, ¿cómo podrán comprender las distintas afectaciones que tendrá su iluminación en estas "personas" diferentes y desiguales?

DIFERENCIAS SOCIALES, POLÍTICAS Y CULTURALES

Permítanme poner un ejemplo: una forma generalizada de "iluminación centrada en las personas" define a esas "personas" universales como organismos o biología. Este enfoque detalla más bien un conjunto de estrategias de comercialización, así como una política de salud pública, argumentos a favor de la oscuridad del cielo, etc. La demanda se fundamenta en que la exposición a la luz durante períodos más prolongados y longitudes de onda más cortas, alargando el día y reduciendo la oscuridad, tiene efectos directos y causales sobre la salud humana y el bienestar neurológico. Principalmente repercute alterando el "arrastre" circadiano, o sea, la interacción o armonización de los ritmos humanos naturales y los del entorno (a pesar de que sabemos que físicamente se halla más bien lejos y es una variación ambiental). La carencia de luz adecuada, o el exceso o mala calidad de la iluminación, se consideran una variable independiente que causará patología del sueño, trastorno afectivo estacional o incluso cáncer. Se afirma que la luz afecta al organismo humano, y en consecuencia tiene resultados cuantificables y universales.

A fin de hacer frente a la frustración sociológica que produce esta clase de razonamiento, aceptemos por un momento que, si no varía ningún otro factor, demasiada luz durante demasiadas horas es perjudicial para los organismos humanos en general. (De hecho, esto nos deja un desagradable puñado de dudas por dilucidar: no se trata tan solo de que la mayor parte de la evidencia de los efectos sobre la salud es extremadamente escasa sino de que en poquísimos casos se ha investigado cómo pueden diferir esos efectos en los distintos tipos de organismos y en distintos lugares.)

Pero aunque dilucidamos todas las dudas, nos queda por abordar la cuestión de la diferencia social urbana: la cantidad y el tipo de luz a la que está expuesto mi organismo no depende de que sea una "persona" sino un ciudadano en una ciudad. Si pertenezco a la clase trabajadora y resido en una vivienda social iluminada las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, por proyectores carcelarios de luz fría, o bien soy de clase media y resido en un frondoso suburbio bañado por la luz cálida y tenue de bellas luminarias de estilo tradicional distribuidas "humanamente", estaré expuesto a luces muy diferentes. Análogamente, quienes acuden a restaurantes situados en los centros históricos de una ciudad estarán expuestos a distintas luces que los empleados nocturnos que trabajan en las oficinas de la puerta de al lado. Posiblemente las personas de edad y los discapacitados no están expuestos a ningún tipo de iluminación pública urbana porque por la noche las calles no son accesibles para ellos (en parte porque requieren propiedades lumínicas distintas de las que necesitan las personas más jóvenes).

Las diferentes distribuciones de luz en los distintos tipos de personas son una cuestión social y política, y no biológica. También son culturales: es bien conocido que en general los daneses se rodean de luces cálidas bajo el concepto estético del hygge; los inmigrantes que llegan a Dinamarca pueden concebir de formas muy diferentes el confort (Mikkel Bille (2019)* ha estudiado por qué razón los jordanos consideran que la iluminación adecuada son los tubos fluorescentes verdes; y mientras los adolescentes suelen preferir los espacios prácticamente negros, las mujeres y las personas mayores se inclinan por mucha luz blanca). Hemos desarrollado complejas amalga-

natural human rhythms and those of its environment (although we know there is rather wide bodily as well as environmental variation). Lack of good light, or an increasing excess of bad, is regarded as an independent variable that will cause sleep pathologies, SAD or even cancer. Light, it is claimed, impacts human bodies as such, with measurable and universal results.

In order to get at the sociological frustration over this kind of thinking, let's accept for the moment that – all other things being equal – too much light over too many hours is bad for human bodies in general. (In fact, that leaves an unpalatably big bunch of ifs to swallow: it's not just that most of the evidence for the health impacts is extremely thin but that very little of it has investigated how these impacts might differ across different kinds of bodies in different places.)

But even if we swallow all this, we are left with the question of urban social difference: the amount and type of light my body is exposed to doesn't depend on my being 'human' but my being a citizen in a city. I will be exposed to very different light if I am a working class resident of social housing that is floodlit 24/7 by cold prison-yard masts or if am a middle class resident of a leafy suburb bathed in warm and subdued light from 'humanly'-positioned heritage lights. Similarly, leisure users of restaurants in city heritage centres experience different lights from the night workers in the offices next door. Older people and the disabled may experience no urban public lighting whatsoever because streets at night are inaccessible to them (partly because their bodies actually require different light properties from those of younger people).

The different distributions of light to different kinds of body is a social and political, not biological matter. It's also cultural: famously, Danish people on the whole expose themselves to warm lights through the aesthetic of hygge; immigrants to that country may have very different ideas of comfort (Mikkel Bille (2019)* has explored why Jordanians feel that proper lighting is green fluorescent tubes; and whereas teenagers tend to want virtually black spaces, women and older people want lots of white light). We build up complex cultural assemblages that set norms for how a park or cinema or shopping street should feel, what gives it the right ambience. Setting health-related technical lighting standards can only be part of the equation, for even standards have to somehow fit into the construction of social events and places, rather than just light generic bodies.

SAFETY AND CRIME

I've posed the problem in terms of biological reasoning because that's the most explicit case. But consider the issue that probably has the strongest political impact – after cost – on any lighting decision: safety and security. Again, human-centred lighting is linked to a causal logic which wants to be able to identify lighting as a magic bullet or what is known in media sociology as a 'hypodermic' model of behavioural science: an injection of x amount of light should produce a y% reduction in crime. For example, the recent Crime Lab New York study (2017)* proudly employed a 'dosage' model, deploying different dosages of light to social housing estates, contrasting with an equal number of control areas, in a classic RCT approach. The aim was clearly not to understand how lighting might play into the complex social lives of housing estates but rather to allow cities to argue exactly how much money would be saved in crime-related costs per each light added to an estate. Indeed, the headline figure promised that increased brightness reduced crime by 39%. The underlying claim, again, was that you can abstract the lighting-human impact from the world of social relations and social differences through which they are in fact connected.

URBAN DIVERSITY VERSUS HUMAN UNIFORMITY

Let me give a few examples from recent Configuring Light research projects that should clarify what is missing from this logic – and what is to be gained by understanding urban diversity rather than reducing it to human sameness. We'll start in the global south, with a project (funded by the British Academy) looking at gender-based violence in public spaces in Kerala, India, in which we were able to participate in in-depth qualitative research in two very low-income settlements, one in Trivandrum, the other in Kochi. The expectation, particularly amongst our local NGO partners, was that you could generalise about the infrastructural features, including lighting, that would determine whether women in general would feel, or be, safer in public space. In fact, our research showed that you could not generalise across women, let alone humans, in these two apparently similar urban settings. Rather, we had to develop a more differentiated understanding as to what counted as safety or danger amongst different women in different social worlds.

Lo realmente necesario es (...) una iluminación que tenga la honestidad de abordar la complejidad y dificultad de los espacios urbanos y que no eluda ni oculte nuestras diferencias cruciales bajo la ficción de “lo humano”

mas culturales que establecen normas sobre cómo debe percibirse un parque, un cine o una calle comercial, qué les proporciona la atmósfera adecuada. El establecimiento de normas técnicas de iluminación relacionadas con la salud solo puede formar parte de la ecuación, ya que incluso las normas deben adaptarse en cierto modo a la construcción de eventos y espacios sociales, en lugar de ser tan solo entidades genéricas.

SEGURIDAD Y DELINCUENCIA

He planteado el problema en cuanto a razonamiento biológico porque este es el caso más explícito. Sin embargo, considero que la cuestión que posiblemente tenga la mayor repercusión política –descartando los costos– sobre cualquier decisión en materia de iluminación es la seguridad. Una vez más, la iluminación centrada en las personas está vinculada a la lógica casual que pretende identificar la iluminación con una solución mágica o lo que se conoce en medios sociológicos como un modelo “hipodérmico” de las ciencias del comportamiento: una inyección de x cantidad de luz debería producir una reducción del y% en los delitos. Por ejemplo, el reciente estudio de Crime Lab New York (2017)* utilizó con éxito un modelo de “dosificación” en que se aplicaron diferentes dosis de luz a grupos de viviendas sociales, en contraposición con el mismo número de áreas de control, con un enfoque clásico de ensayo clínico aleatorizado. Es evidente que su propósito no era comprender cómo la iluminación puede desempeñar un papel en las complejas vidas sociales de los grupos de viviendas, sino ayudar a las ciudades a deliberar acerca de los ahorros que podrían obtenerse en los costos relacionados con la delincuencia por cada luz añadida a dichos grupos. Efectivamente, la cifra destacada auguraba que una mayor iluminación reduciría en un 39% la delincuencia. Una vez más, la afirmación subyacente era que el impacto de la iluminación sobre las personas puede extraerse del universo de las relaciones sociales y de las diferencias sociales, con las cuales de hecho esas últimas están conectadas.

DIVERSIDAD URBANA VERSUS UNIFORMIDAD HUMANA

Permítame ofrecer nuevamente algunos ejemplos de los recientes proyectos de investigación de Configuring Light que ayudarán a aclarar lo que le falta a esta lógica, y lo que se ganará con la comprensión de la diversidad urbana, en vez de reducirla a uniformidad humana. Empezaremos en el hemisferio sur, con un proyecto (financiado por la Academia Británica) que examina la violencia de género en espacios públicos de Kerala (India), en el que pudimos participar en una investigación cualitativa en profundidad llevada a cabo en dos enclaves con una población de ingresos muy bajos, uno en Trivandrum y el otro en Kochi. Las expectativas, en particular entre nuestros asociados de ONG locales, eran que a partir de los elementos infraestructurales, incluida la iluminación, se pudiera generalizar que se determinaría si las mujeres en general se sentirían o estarían más seguras en los espacios públicos. De hecho, nuestra investigación reveló que no era posible hacer una generalización para todas las mujeres, por no decir personas, en esos dos enclaves urbanos aparentemente similares. Por el contrario, tuvimos que adquirir una visión más diferenciada de lo que era percibido como seguridad o peligro entre diferentes mujeres en diferentes entornos sociales.

INVESTIGACIÓN EN TRIVANDRUM

Nuestros hallazgos fueron básicamente los siguientes: en el enclave de Trivandrum, la mayoría de las mujeres no estaban preocupadas por su seguridad en los lugares públicos (les preocupaba mucho más la violencia que sufrían en sus hogares). En contraposición, se mostraban muy inquietas por la seguridad de sus esposos e hijos,

What's really needed is (...) lighting that has the integrity to engage with the complexity and difficulty of urban spaces rather than evade and obscure our crucial differences under the fiction of 'the human'

TRIVANDRUM RESEARCH

Our findings went basically like this: In our Trivandrum site, most women were not concerned about their own security in public (they were far more concerned about suffering violence in their homes). By contrast, they were very concerned about the safety of their husbands and sons, who were getting into ritual drug- and drink-fuelled fights most nights; and the women largely attributed this danger to outsiders coming into their neighbourhood with supplies. Given that this was a socially quite homogenous community in which everyone knew each other, what the women quite sensibly valued in lighting was clarity: they wanted to be able to see the main public gathering spaces from a distance, lit for optimal facial recognition so that they could identify strangers and see what their own men were up to. They had another concern too: safety, as opposed to security. Their most common request was actually for lighting that was tied to the routes that they and their kids most commonly took so that their use of the space was publicly acknowledged, and practically supported so as not to fall into potholes, mudslides and sewage.

KOCHI RESEARCH

In Kochi, the story was very different. Although the women were also concerned with violence between men, fuelled by outsiders, they were also personally in fear of attack. A major difference from Trivandrum was that this neighbourhood was divided between two conflicting ethnic groups, as well as castes and religions. They did not feel they could police themselves. Bright public lighting in this case would have been entirely counter-productive, or simply useless – women would not use the main public spaces whatever the lux level. On the other hand, women of both ethnicities had their own gathering spaces, on their domestic doorsteps, as well as specific spots they needed to get to (outdoor water taps, and little shops). The clearest contribution of lighting to women's security in this case was to support their claims to these spaces by lighting them for the activities they wanted to carry out there, a kind of gendered zoning of the public realm that would logically take the form of small scale task-type lighting rather than bright and uniform coverage of public space. This is clearly not a matter of 'dosages' injected into a generic situation but rather the sensitive integration of appropriate lighting into a complex assemblage of urban life that the designer responsibly tries to understand.

DAGENHAM Y BARKING RESEARCH

Let's contrast these two stories with a third, this time from the north – the London Borough of Dagenham and Barking. Every interview we conducted – whether with residents, traders, council or police – was filled with stories of knife attacks, marauding gangs and urban anarchy, the kind of discourse that normally leads directly to intrusive lighting, defensive architecture and asbos, or in CrimeLab terms a higher 'dosage' of crime-preventing materials. The findings from our research point in precisely the opposite direction: lighting Barking as a trouble spot would intensify and accelerate all the processes that were turning it into a problematic space in the first place. People largely talked about safety and security within a narrative of urban decline: Barking, we were told, had been a peaceful, old fashioned village, barely part of London at all, which has been drawn into urban problems largely as a result of massive waves of

que casi cada noche participaban en ritos con drogas y en luchas fomentadas por el consumo de alcohol, y las mujeres en gran medida atribuían este riesgo a los desconocidos que irrumpían en sus vecindarios con alcohol y drogas. Habida cuenta de que se trataba de una comunidad socialmente muy homogénea en la que todos se conocían, lo que las mujeres valoraban con buen criterio era la claridad: deseaban poder observar desde cierta distancia los principales espacios públicos de reunión, iluminados para el reconocimiento facial óptimo, y así poder identificar a los forasteros y ver qué estaban haciendo sus esposos. También tenían otra preocupación: la protección frente a la seguridad. Su demanda más común consistía, de hecho, en la iluminación de los trayectos que ellas mismas y sus hijos solían hacer, de modo que su uso del espacio fuera conocido públicamente y protegido prácticamente para evitar que cayeran en hoyos, lodos o fueran víctimas de deslizamientos.

INVESTIGACIÓN EN KOCHI

En Kochi, la historia fue muy diferente. A pesar de que las mujeres se mostraban igualmente preocupadas por la violencia entre los hombres, fomentada por extraños, también tenían miedo de sentirse agredidas. Una importante diferencia con Trivandrum era que este vecindario estaba dividido entre dos grupos étnicos rivales, así como por castas y religiones. No se veían capaces de vigilarse a sí mismos. En este caso, un alumbrado público intenso hubiera sido completamente contraproducente, o bien simplemente inútil: las mujeres no hubieran usado los principales espacios públicos sea cual fuere el nivel de lux. Por otro lado, las mujeres de ambas etnias tenían sus propios espacios de reunión, en los umbrales de sus hogares, así como lugares concretos donde necesitaban acudir (puntos de abastecimiento de agua y pequeñas tiendas). En Kochi, la contribución más clara de la iluminación a la seguridad de las mujeres era el respaldo a sus reivindicaciones de esos espacios iluminándolos para las actividades que desearan llevar a cabo en ellos, una especie de zonificación de género del espacio público, que lógicamente adoptaría la forma de iluminación a pequeña escala por tipo de tarea en vez de una cobertura lumínica intensa y uniforme del espacio público. Es obvio que no se trata de “dosis” inyectadas a una situación genérica sino más bien de la integración respetuosa de la iluminación apropiada en un complejo conglomerado de vida urbana que el diseñador responsable procura comprender.

INVESTIGACIÓN EN DAGENHAM Y BARKING

Comparemos estas dos historias con un tercer caso, esta vez en el hemisferio norte, el distrito londinense de Dagenham y Barking. En todas las entrevistas que realizamos –con residentes, comerciantes, funcionarios municipales o policías– aparecieron relatos de agresiones con cuchillos, bandas de maleantes y anarquía urbana, el tipo de informe que normalmente conduce directamente a una iluminación intrusiva, una arquitectura defensiva y unas ordenanzas sobre comportamiento antisocial o, en términos de Crime Lab, a una mayor “dosis” de recursos para prevenir la delincuencia. Los hallazgos de nuestra investigación apuntan justamente en sentido contrario: en primer lugar, la iluminación de Barking como un lugar problemático intensificaría y aceleraría todos los procesos que lo estaban convirtiendo en un espacio conflictivo. Los entrevistados hablaron mayormente de protección y seguridad, todo ello enmarcado en un relato de declive urbano: Barking, nos explicaron, años atrás era un pueblo pacífico y tradicional, que apenas formaba parte de Londres y que se había visto arrastrado a padecer conflictos urbanos principalmente como resultado de las masivas olas de inmigración. Las tiendas cierran o se trasladan a otras zonas, se está acelerando el “éxodo blanco” y crecen la xenofobia y la violencia interétnicas (se ha visto a inmigrantes relativamente recientes de origen búlgaro y rumano atacando violentamente a rumanos y “gitanos” llegados más recientemente). Barking no fue únicamente uno de los pocos distritos de Londres donde ganó el voto a favor del Brexit, sino que en 2015 se eligió a una cifra alarmante de concejales de extrema derecha (EDL). En este caso, la contribución más clara de la iluminación no fue reforzar estos relatos con altas “dosis” que etiquetaran Barking como un lugar problemático sino más bien debilitándolos mediante una mejora estética, creando una atmósfera agradable y fortaleciendo la identidad. Efectivamente, simplemente llevando a cabo una limpieza física de la zona alrededor de la estación principal, e iluminándola para el uso social, se logró la mayor contribución a la protección y la seguridad.

La noción de “seres humanos” o “personas” no ayudaría en ninguno de estos casos: protección, seguridad y luz tuvieron significados muy distintos en cada historia, y la propia luz desempeñó papeles muy diferentes. La comprensión de cuál sería el papel más útil que podría desempeñar se fundó en el conocimiento de la diversidad de las personas que residían –o deseaban residir– en estos espacios urbanos.

immigration. Shops are leaving, there is accelerating ‘white flight’, and rising inter-ethnic xenophobia and violence (we had relatively recent Bulgarian and Romanian immigrants vitriolically attacking even more recent Romanians and ‘gypsies’). Barking was not only one of the few London boroughs to vote for Brexit, but also, in 2015, elected a shocking number of extremely far-right (EDL) council members. In this case the most obvious contribution of lighting was not to enforce these narratives through high ‘dosages’ that labelled Barking as a trouble-spot but rather to undermine them through aesthetic improvement, atmosphere and identity. Indeed, simply physically cleaning up the area around the main station, and lighting it for sociable use, would make the largest contribution to safety and security.

The idea of ‘humans’ would not help in any of these cases: safety, security and light meant very different things in each story, and light itself could play very different roles. Understanding what role it could most usefully play depended on knowing how diverse people inhabited – and wanted to inhabit – their urban spaces.

SMART LIGHTING STUDY

One final story from yet another piece of Configuring Light research, this time a study, in collaboration with LUCI, of smart lighting across a range of municipalities. Smart lighting – indeed all ‘smart’ urbanism – involves political decisions about what data will be collected about whom, and to which data flows lighting should respond. Most cities we have surveyed enact smart lighting almost entirely in the form of motion sensors that can dim lights in response to the presence of – what? – humans (as opposed to animals or cars). At this technological stage, smart lighting really may be entirely human-centred: it does not distinguish between men, women, black and white skin, older people or young, different dress styles (that indicate subculture, class or activity), people at leisure or engaged in night work and so on. And yet what very different meaning and consequence might a dimming light have for all these different sorts of people and their co-presence on a street? One municipal programme director let us know that smart lighting was wonderful because decisions about which bus stop to light could be taken automatically by data systems measuring human footfall, leaving politicians free to focus on strategic policy issues. And yet what could be more political than removing lights from a particular bus stop that is significant for, say, older people or young families coming into a city and which may make the difference between their urban access or exclusion.

What’s really needed is not human-centred lighting but social lighting – lighting that is properly informed about the diverse people it will impact, that tries to understand how people make sense of their space and actively pursue their lives, that acts to redress rather than ignore unequal rights to, and in, the city. But above all lighting that has the integrity to engage with the complexity and difficulty of urban spaces rather than evade and obscure our crucial differences under the fiction of ‘the human’.

INVESTIGACIÓN SOBRE ILUMINACIÓN INTELIGENTE

Para terminar, les presentaré otra investigación de Configuring Light. En esta ocasión se trata de un estudio, realizado en colaboración con la Comunidad Internacional de Iluminación Urbana (LUCI, por sus siglas en inglés), sobre iluminación inteligente en diversas ciudades. La iluminación inteligente –de hecho, el urbanismo total “inteligente”– conlleva decisiones políticas sobre cuáles son los datos que se recopilarán y quién los recopilará, y sobre los flujos de datos a los que debería dar respuesta la iluminación. La mayoría de las ciudades que hemos examinado han establecido sistemas de iluminación inteligente casi por completo en forma de sensores de movimiento que pueden atenuar la luz en respuesta a la presencia de –¿qué?– personas (en lugar de animales o vehículos). En esta etapa tecnológica, la iluminación inteligente verdaderamente puede centrarse totalmente en las personas: no distingue entre hombre o mujer, piel negra o blanca, persona mayor o joven, distintos estilos de vestir (que indican una subcultura, clase o actividad), personas en momentos de ocio o trabajando de noche, etcétera. Y sin embargo, ¿cuán diferentes pueden ser la importancia y las consecuencias de una luz atenuada para todas estas clases de personas y para su confluencia en una calle? El director de un programa municipal nos ha explicado que la iluminación inteligente es magnífica porque las decisiones acerca de qué parada de autobús habría que iluminar podría tomarse automáticamente mediante sistemas de datos que miden los pasos humanos, lo que daría mayor libertad a los políticos para ocuparse de cuestiones de política estratégica. Y, además, ¿qué decisión podría ser más política que eliminar luces de una parada de autobús particular que sea importante para, digamos, personas mayores o familias jóvenes que llegan a una ciudad y que puede suponer una diferencia entre su acceso o su exclusión urbana?

ILUMINACIÓN SOCIAL

Lo que es realmente necesario no es la iluminación centrada en las personas sino la iluminación social, es decir, una iluminación que esté adecuadamente informada sobre las diversas personas a las que afectará, que trate de comprender cómo las personas perciben su espacio y desarrollan activamente sus vidas en él, que sirva para reparar en lugar de desdeñar la desigualdad de derechos a, y en, la ciudad. Pero, por encima de todo, una iluminación que tenga la honestidad de abordar la complejidad y dificultad de los espacios urbanos y que no que eluda ni oculte nuestras diferencias cruciales bajo la ficción de “lo humano”.

* References

- Bille, M. (2019) *Homely Atmospheres and Lighting Technologies in Denmark*. Bloomsbury Academic, London.
- Crime Lab New York/Lerner, Jason (2017) *The Impact of Street Lighting on Crime in New York City Public Housing*, New York City.
- Lefebvre, H. (2000) *Writings on Cities*. Blackwell Publishers, Oxford.



Don Slater

Don Slater is Associate Professor (Reader) in Sociology at the London School of Economics, and has researched and published extensively in visual culture, economic sociology, digital media studies and development. He founded the Configuring Light research group in 2012 as a unique social science programme on light and lighting comprising academic research, consultancies, professional workshops and public engagement to promote collaboration between social researchers and lighting professionals.

Don Slater es profesor asociado en sociología en la London School of Economics y ha investigado y publicado extensamente sobre cultura visual, sociología económica, estudios y desarrollo de medios digitales. Fundó el grupo de investigación Configuring Light en 2012 como un programa único de ciencias sociales sobre luz e iluminación que comprende investigación académica, consultorías, talleres profesionales y participación pública para promover la colaboración entre investigadores sociales y profesionales de la iluminación.